

Breves apuntes sobre los estudios culturales en Colombia

Héctor Fernández L'Hoeste / Georgia State University

En Latinoamérica, los estudios culturales crecieron bajo el auspicio de una variedad de disciplinas y programas académicos. Dos de sus teóricos de mayor renombre, Jesús Martín-Barbero y Néstor García Canclini, aparecen vinculados a programas de comunicación y estudios urbanos, de manera respectiva, pese a que ninguno de los dos posee especializaciones en estos campos en particular. Dicha relación, en un medio en el cual lo académico se caracteriza por la estrechez disciplinaria de los estudios, define *a priori* los estudios culturales. De esta manera, la inepción misma de los estudios culturales latinoamericanos viene revestida de interdisciplinaria, a diferencia de su desarrollo en los Estados Unidos, en donde los estudios culturales latinoamericanos han crecido al amparo de programas de Letras. En otras palabras, en términos generales, los estudios culturales en la tierra de Faulkner, Morrison y Whitman han madurado bajo la gracia del prejuicio letrado, fuertemente influidos por una tensión literaria. De hecho, el coletazo preliminar en contra de tal disposición se vislumbra en textos como *Against Literature*, del catedrático John Beverley, de la Universidad de Pittsburgh. Por tanto, dado que buena parte de los participantes de este número hemos sido marcados de una u otra forma por una experiencia estadounidense ligada a un entorno literario —en mi caso en particular, por un doctorado neoyorquino—, la incógnita a contemplar se patentiza con gran desenvoltura, ¿cómo hablar de la cultura desde el prejuicio letrado? ¿Cómo enfatizar una apreciación más amplia de la práctica cultural sin legitimar, autenticar o hacerle el juego a una noción de clase sustentada por una parcialidad ilustrada?

En la lengua de Albión, una persona que pasa por la universidad es —se conjetura— *an educated individual*. En la lengua de Cervantes, en cambio, la alusión a ser educado o no solía referirnos al manual de urbanidad del venezolano Manuel Antonio Carreño (1812-1874) y al universo de los modales. Dicha disparidad refleja divergencias en la relación de la cultura con el medio docente y el entorno social. En épocas pasadas, en latitudes hispanoparlantes, para delinear el paso de una persona por la universidad se la describía como “culto”. De manera afortunada, creo que dicha práctica ha caído en desuso, reflejando un entendimiento más dilatado de la cultura. Sin embargo, el etnocentrismo de clase latinoamericano, al igual que el prejuicio racial imperante a lo largo del hemisferio, nos permiten concluir que semejantes arbitrariedades, fincadas en el idioma, no se han extinguido del todo. La voz *cultured* equivale a decir que una persona es culta, pero en los Estados Unidos, país que hasta hace relativamente poco tiempo rehuyó la problematización de asuntos de clase casi a cualquier costo, ni se usa, y se identifica en cambio con pedantismos anglófilos, más prestos a reconocer el mundo según un inmovible prisma de clase. Sin embargo, la clave radica en matizar este discernimiento sesgado de la cultura desde el prejuicio letrado. Por consiguiente, para hablar de cultura, este volumen ha optado por enfatizar una disposición integradora, en

la que diversas disciplinas —el cine, las letras, los medios, el arte, entre otras: un reparto amplio de prácticas validadas de manera desigual— tengan espacio de análisis, con el fin de abogar por una noción más desenvuelta de la cultura. Aparte de eso, los textos a continuación buscan promover una contemplación más amplia de heterogéneas formas de la colombianidad, tan debatida y malentendida por los medios masivos nacionales e internacionales.

En Colombia, los estudios culturales llevan ya más de un decenio de actividad, comenzando por los congresos organizados por la Universidad Nacional a fines de la década del noventa, los cuales condujeron, a su debido tiempo, a la creación del primer programa de maestría en estudios culturales ofrecido en el país, iniciado en el año 2004. De manera casi simultánea, la Pontificia Universidad Javeriana adelantó actividades entre 1999 y 2001 a través del Instituto Pensar, conduciendo de manera previsible a una especialización en estudios culturales desde el año 2000 y a un programa de maestría a partir del segundo semestre de 2007. En la Universidad de Los Andes, también desde la misma época, existe el programa de pregrado en lenguajes y estudios socioculturales, circunstancia que maduró, al igual que en los otros dos casos, en la creación de un programa de maestría. La aparición de tres programas de estudios culturales en una capital latinoamericana en el transcurso de unos pocos años denota el buen momento de este campo académico, diseñado para problematizar diferencias entre una sociedad y sus culturas, y ojalá contribuyendo a una más expedita resolución de apremios y tensiones en el ámbito identitario. De igual manera, se presenta el caso de instituciones de fuera de Bogotá como la Universidad del Cauca, la cual ofrece una especialización en estudios interculturales a través del departamento del mismo nombre, poniendo en claro que los estudios culturales pueden responder a circunstancias de índole concreta e intereses colindantes. También aparecen en otras latitudes del país investigaciones o prácticas académicas que, sin identificarse de manera explícita con el ámbito de los estudios culturales y hasta en abierto desafío con los mismos, enfilan baterías en pos de problemáticas sociales, políticas y culturales muy similares a las tratadas por los programas de estudios culturales. Dichas actividades forman parte del fenómeno descrito con anterioridad, según el cual los estudios culturales han crecido en Latinoamérica al amparo de programas disímiles, como la antropología, la comunicación, la sociología y la historia, y hasta en organizaciones oficiales o privadas y de carácter no gubernamental (ONG). En un país como Colombia, signado por discrepancias, dichas prácticas cumplen un papel incontestable, contribuyendo a una autocrítica de orden nacional. En resumen, el diálogo de los estudios culturales con semejante variedad de disciplinas forma parte ya de una disposición hemisférica, menos dispuesta al ensimismamiento del mundo docente anglosajón.

Un aspecto suplementario significativo de los estudios culturales es su disposición a una cierta practicidad, es decir,

imaginándose más allá de una constitución netamente académica, con pretensiones de intervención política y crítica participativa. Fundamentándose en nociones gramscianas, los estudios culturales entienden lo político y lo cultural como dimensiones mutuamente constitutivas, de estrecha ligazón, de manera que la producción del conocimiento se halla íntimamente articulada a la práctica de lo político. Luego, convendría anticipar qué tipo de suerte podría correr una práctica catedrática incipiente, diseñada para contrarrestar los excesos de medios institucionalizados. Por otro lado, la institucionalización de la disciplina presenta el reto típico de quien, habiendo logrado un aporte al diálogo o la interlocución escolástica, se plantea la cooptación por parte del estamento educativo. Los estudios culturales contienen en su germen el cuestionamiento epistemológico e institucional de discursos establecidos, en muchos casos ligados al pensamiento convencional encarnado en toda serie de disciplinas letradas. Luego, el lógico paso a seguir involucraría una interrogación de cómo avanzar en materia de aporte sin hacerse partícipe de la legitimación y el apoyo institucional (en particular, en los casos divergentes). La estrategia más fehaciente, se me hace a mí, es la de no hacer alardes, la de promover una fuerza débil, quizás más eficaz a la hora de lidiar con ciertas temáticas que una oposición frontal. Hablar del desarrollo de los estudios culturales en Colombia, incluso cuando se ofrece un breve recuento, no encierra una historiografía. Si acaso, sugiere un acercamiento interpolado y receloso al ejercicio investigador. Asimismo, la institucionalización de los estudios culturales en sí presenta un reto para quienes hemos laborado bajo la divisa de la subversión docente, es decir, con el objetivo de minar y socavar los cimientos de los relatos maestros o grandes narrativas, pues a raíz del logro relativo de nuestros esfuerzos corremos el riesgo de generar un relato maestro propio, pleno de salvedades y atenuantes, como es el caso inconfundible de cualquier forma de conocimiento en su etapa menos imberbe. De ahí que este número de la *Revista de Estudios Colombianos* exteriorice un afán de acompañamiento tan ecléctico. El objeto de dicha selección es sugerir la envergadura de los estudios culturales sin orientarse hacia una delimitación excesiva de la práctica crítica.

En síntesis, desde hace más de una década se celebran en Colombia eventos ligados de alguna manera al campo de los estudios culturales. Distan entonces de ser el resultado de unos pocos catedráticos empeñados en postular una crítica de la cultura como herramienta política, como piensan o arguyen algunos. Los practicantes de los estudios culturales en Colombia distan de ser unas cuantas personas o pequeños colectivos entrelazados en una discusión bizantina. A estas alturas, luego de congresos y simposios y la implementación de programas a nivel de pregrado y posgrado, resulta difícil argüir la inexistencia de una comunidad académica colombiana interesada en los estudios culturales. Por otro lado, el grado de institucionalización de los estudios culturales en Colombia es aún leve. Si bien los estudios culturales han gozado de una cierta continuidad, hará falta que pase el tiempo para contemplar con mayor comodidad el desarrollo y la consolidación de una tradición nacional. De manera inicial, por lo menos, el auge de los nuevos programas surge muy influido por proyectos afines en otros países. Argentina, Estados Unidos, México y Venezuela, entre otros, se destacan por su grado de colaboración con investigadores colombianos.

Con este número de la *Revista de Estudios Colombianos* esperamos hacer un modesto aporte a la consolidación de una práctica académica de estudios culturales en Colombia. Independiente del número de discípulos de los estudios culturales en el ámbito nacional, será la orientación y calidad de las investigaciones lo que en última circunstancia determinará el grado de protagonismo de dicha práctica en el medio académico. Los trabajos publicados a continuación sugieren diversas líneas de aproximación al estudio de la colombianidad e integran, pese a su énfasis en lo nacional, marcos teóricos y delineamientos inscritos en debates transnacionales. Encierran, por decirlo de alguna manera, intentos de develar claves identitarias.

En primera instancia, está el trabajo de Gregory Lobo, de la Universidad de Los Andes, en el cual se examina cómo la idea de nación es desplegada con el fin de apoyar o subvertir ciertas lecturas de eventos en el país y por consiguiente afianzar algún grado de hegemonía. Lobo analiza el cubrimiento de marchas en dos de los principales diarios del país y propone un contraste con una marcha posterior, sugiriendo diferencias en la forma de entender la idea de nación. En segundo lugar se encuentra el texto de Michelle Nasser, joven catedrática de Grinnell College en Iowa, E.U.A. Nasser propone una crítica de la polémica campaña “Colombia es pasión” y demuestra cómo, a partir de una selección particular de imágenes, se esboza la idea de una Colombia exenta de violencia. Partiendo de esta imagen unilateral del país, se le idealiza y sus habitantes adquieren visos de compatibilidad con el entorno y la geografía del mismo, práctica que se remonta a la era colonial, cuando el paisaje latinoamericano era imaginado según pautas eurocentristas. En este caso, la diagramación acrítica de la nacionalidad le hace el juego al interés comercial, engolosinado con formular una imagen más placentera del país. A continuación, aparece el artículo de Beatriz Botero, egresada del programa de doctorado de la Universidad de Wisconsin en Madison y presentemente afiliada a los programas de Letras de la Javeriana y la Nacional. Pese a dar una primera impresión de convencionalismo, el texto de Botero patentiza la influencia de los estudios culturales en el análisis de la novela, ocupándose de similitudes en la disposición de un personaje garciamarquino y el entendimiento de un sujeto-nación. A partir de este marco, Botero demuestra cómo el comportamiento del personaje responde a claves y pautas íntimamente ligadas al accionar de la nacionalidad. Robert McKee Irwin, director del programa de posgrado en estudios culturales, profesor del departamento de español y portugués en la Universidad de California, Davis y especialista en cinematografía, describe la relación entre el cine mexicano y el colombiano y documenta los fallidos intentos por desarrollar una industria cinematográfica nacional modelada en la mexicana. Apoyándose en este contexto, examina cómo la afinidad entre ambas nacionalidades tercia en la consolidación de sus respectivas industrias culturales. Por último, aparece mi texto sobre la producción cultural de las Fuerzas Armadas colombianas, orientada hacia la promoción de una plataforma nacionalista sustentada por historietas y radionovelas. Con el mismo, concluye esta selección de escritos ilustradores de nuevas aproximaciones al estudio de la nacionalidad que busca, de manera accesible y llana, ofrecer claves acerca del carácter singular de nuestra controvertida idiosincrasia. Ésta es, en buena medida, la meta categórica de los estudios culturales.